

trono que es debido á vuestra elevada dignidad y relevantes virtudes. Y allí, sumergido en un océano de luz y ceñida vuestra cabeza con triple aureola, viviréis eternamente, gozando el premio de vuestro martirio. Todo esto, ¿no nos animará á pelear contra nuestras pasiones? ¿No nos moverá á recibir con humildad y resignación los trabajos y persecuciones? Meditémoslo bien, y para saberlo cumplir, propongamos con eficacia aquello que nos convenga, y roguemos con grande fervor.

74.—MISERICORDIA DE JESÚS EN EL MILAGRO DE LOS CINCO PANES.

PRELUDIO 1.º Viendo Jesús la mucha gente que le seguía, se compadeció de su necesidad, y dijo á los Apóstoles que la socorriesen.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús hablando con los Apóstoles acerca de esto.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer y agradecer la misericordia de Jesús.

Punto 1.º *Devoción de la gente que seguía á Jesús.*—Considera la muchedumbre inmensa de gentes que iban en pos de Jesucristo, las cuales, abandonados sus negocios, haciendas y trabajos, no sabían apartarse de su dulce compañía, yendo en pos de Él por valles y collados, por pueblos y montañas desiertas. Más de cinco mil hombres¹, sin contar mujeres y niños, habían seguido á Jesucristo devotamente hasta el desierto, olvidándose hasta de sus necesidades más indispensables. ¡Oh si tuvieras tú la ardiente devoción y amor á Jesús de estas turbas! Pondera las causas que movían á estas devotas gentes á seguir al Señor, que eran dos las principales: La una, por ver los milagros que de continuo hacía, curando enfermos, resucitando muertos, librando endemoniados y socorriendo todas las necesidades. Y la otra, por el pasto de saludable doctrina con que las alimentaba, siendo tales sus enseñanzas, que jamás se había visto otro que hablase como Él. Todo lo cual hacía con tal dulzura y mansedumbre, con tal caridad y humildad, que atraía irresistiblemente los corazones de cuantos le oían, cumpliéndose aquí lo que el Señor había dicho por el profeta Oseas²: Traerélos á Mí con cuerdas de Adán y con ataduras de caridad, esto es, con beneficios corporales y espirituales; y con estas cuerdas los tenía Cristo tan asidos, que, con ser ya tarde y no haber comido ni tener que comer, no se querían apartar de Él; y olvidados de la comida, se entretenían con su amorosa presencia, lo cual ha de confundirte grandemente, viendo la tibieza y dejadez que tienes por seguir á Jesús, y tu reprehensible delicadeza, pretendiendo disfrutar en su mismo servicio de todas las comodidades, como si éstas se aviniesen con la imitación de un Dios crucificado. ¡Oh dulcísimo Jesús! Traedme á Vos con tales cuerdas y atadme con

¹ Matth., xiv, 21. — ² Osec., xi, 4.

Vos tan fuertemente, que, olvidado de todas las cosas y aun de mí mismo, sólo quiera á Vos, mi Criador, y abandone mis propios contentos y gustos por contentaros á Vos. ¡Oh alma mía! Inmensos beneficios espirituales y corporales te ha hecho y desea hacerte el Señor, ¿por qué no le sigues?

Punto 2.º *Misericordia de Jesús con la gente necesitada.*

—Considera aquí la misericordia de Jesús con estas gentes, y compárala con la que tuvieron de ellas los Apóstoles. La misericordia de los Apóstoles fué corta y mezquina, como de hombres flacos y pobres; porque viendo que aquella gente estaba fatigada y hambrienta, y que ellos no tenían posibilidad para sustentarla, compadecieronse de ella, y dijeron á su Maestro que la despidiera para que fuese á los lugares comarcanos á comprar de comer, porque, como eran tan obedientes y rendidos, no quisieron hacerlo por su autoridad ni despedirla sin su licencia. Pero Cristo nuestro Señor, viendo la cortedad de esta misericordia, tuvo otra muy mayor, como misericordia de Dios, el cual puede dar manjar en el desierto y sacar fuentes de cristalinas aguas de la peña durísima; y así quiso remediar, con efecto, aquella necesidad, y exhortó á ello á sus discípulos, diciendo: «Dadles vosotros de comer». Como quien dice: Ensanchad las entrañas de piedad, y no enviéis á esta gente necesitada á que ella busque su remedio, sino buscadle vosotros y dádsele, pues os he dado la facultad de hacer milagros, ó á lo menos pedidme á Mí que se le dé, pues Yo puedo hacerlo. En lo cual te avisa que la misericordia, especialmente en los Prelados, no ha de ser corta, sino grande, como decía David¹ de la misericordia de Dios, poniendo todos los medios que pudiéremos para remediar la miseria de nuestros prójimos; y si te faltare posibilidad, has de acudir al que la tiene, y solicitarle para que la remedie. ¡Oh misericordiosísimo Jesús! Como Vos dijisteis que no hay nadie bueno sino Dios, así quiero decir que nadie es misericordioso sino Dios, y Vos que sois Dios y hombre verdadero. Vuestra misericordia, Señor, es sobre todas vuestras obras, y dista tanto de la misericordia de los hombres, como el oriente dista del ocaso. Por ella os suplico remediéis la necesidad que padezco en este valle de lágrimas, y me deis la gracia necesaria para subir al descanso de la gloria. ¿Procuramos nosotros imitar la misericordia de Jesús? ¿No somos agradecidos á la que Él usa con nosotros?

Punto 3.º *Modo cómo Jesús ejercita su misericordia.*—

Para comprender mejor la misericordia de Jesús, considera en este punto lo que Él dijo en otro caso semejante²: «Tengo misericordia de esta multitud, porque ha tres días que perseveran conmigo, y no tienen que comer, y si los envío ayunos, desfallecerán en el camino, porque algunos han venido de muy lejos».

¹ II Reg., ix, 3. — ² Marc., viii, 2; Matth., xv, 32.

En cuyas palabras descubre que es propio de la misericordia de Dios conocer por menudo nuestras miserias, y los títulos ó motivos que tiene para remediarlas, y el peligro que corremos si no las remedia. Y de todo se hace Dios cargo para compadecerse de nosotros y darnos remedio, como si le importara algo el remediarlos. ¡Qué motivo tan poderoso hallamos en esto para excitar nuestra confianza en un Padre tan compasivo, que así se interesa por sus hijos! Pondera también cómo para mostrar Jesús el cuidado que en esta ocasión tenía de aquella gente, dijo á Felipe: «¿De dónde compraremos pan para que coman estos?» ¡Como si fuese un deber suyo el sustentar á los que le seguían! Mas díjolo también para probar la fe de aquel discípulo, y para que se descubriese la necesidad que había de hacer aquel milagro; porque no quiere usar de medios milagrosos para nuestro sustento cuando se puede hacer por medios naturales. La respuesta de Felipe fué: «No bastarán doscientos denarios ó reales para dar un bocado de pan á cada uno»; y lo mismo dijeron los demás Apóstoles. ¡Oh dulcísimo Maestro! Todos nuestros bienes no bastan para hacernos felices y satisfacer las aspiraciones de nuestro corazón; pero Vos, sin necesidad de dinero, con sólo vuestra palabra, podéis alimentarnos, consolarnos y satisfacer los deseos de nuestra alma; de hoy más, no quiero poner mi confianza en el dinero, aunque á él obedezcan todas las cosas; Vos solo seréis el objeto de mi amor, el motivo de mi confianza y el término de mis deseos. ¡Oh alma mía! Sigue el ejemplo de las devotas turbas, y no te separes de Jesús. ¿Qué debes hacer para cumplir esto?

Epílogo y coloquios. ¡Qué consuelo da el ver las muchedumbres inmensas que siguen á Jesucristo, tan embelesadas y contentas con su compañía, que, por no dejarla, se olvidan hasta del indispensable alimento! ¡Cuánta fuerza hacían en los corazones de todos, los milagros del Salvador! ¡Cuán eficaces para moverlos eran sus palabras y doctrina! ¡Qué poder tan irresistible ejercía sobre los ánimos con los maravillosos ejemplos de virtud que daba! Y tú, ¿por qué no sigues á Cristo? ¿Por qué prefieres seguir los placeres, gustos, amor propio y aun al demonio? Mira la misericordia de Jesucristo, ¡cuánto se diferencia de la misericordia de los Apóstoles! Aquélla es misericordia de un Dios omnipotente que puede remediar todos los males; ésta, misericordia de un hombre flaco que nada puede; aquélla, de un Dios sapientísimo, á quien nada se oculta, y detallada y particularmente ve todas las miserias y los medios de remediarlas, y las razones que á ello inducen; ésta, de un hombre ignorante que ni á sí mismo se conoce, y tiene por graves los males ligeros, y por ligeros los gravísimos. Abramos los ojos de nuestro entendi-

¹ Ecles., x, 19.

miento, y veamos cuidadosamente á quién hemos de seguir, en quién hemos de confiar, en qué misericordia mejor podemos esperar. Miremos la vida pasada, y ¿qué veremos? ¡Ah! Hemos esperado en el dinero, talento, habilidad, amistad de los hombres, y de Dios apenas nos hemos acordado. ¿Hasta cuándo hemos de ser pesados de corazón? ¿Cuándo nos convenceremos que sólo en Dios hallaremos la misericordia grande que necesitamos? ¿Cuándo imitaremos á las turbas, prefiriendo á Jesús sobre todas las cosas, aun sobre nuestra propia vida? Cese ya nuestra ingratitud con el Señor, y para mostrarnos agradecidos á sus favores, propongamos aquello que hemos de corregir y enmendar en nosotros, y supliquémosle nos dé su gracia y todo cuanto necesitemos.

75.—CIRCUNSTANCIAS DEL MILAGRO DE LOS CINCO PANES.

PRELUDIO. Pidió Jesús á los Apóstoles los panes que tenían, y, bendiciéndolos, mandó que los distribuyesen á la gente puesta en orden, y para todos bastaron.

PRELUDIO 2.º Representáte á Jesús en estos actos y á los Apóstoles repartiendo el pan.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de aprender las enseñanzas de Jesús.

Punto 1.º Generosidad de los Apóstoles en dar á Jesús los panes que tenían.—Deseando Jesucristo remediar la necesidad de las turbas, pidió á los Apóstoles los panes que traían consigo, y éstos le ofrecieron cinco panes ¹ de cebada y dos peces. Acerca de lo cual has de ponderar la grande pobreza de Cristo nuestro Señor y de sus discípulos, y el poco cuidado que tenían del regalo y sustento del cuerpo; pues estando en aquella soledad, no tenían para trece personas, y otras que se les llegaban, sino cinco panes, y éstos de cebada, que era el pan más desabrido y más propio de pobres que entonces había; y con ser pescadores, no tenían más que dos peces para todos. Con cuyo ejemplo te has de confundir de la solicitud con que buscas demasías y regalos en las comidas, alentándote á contentarte con poco y ordinario, aunque sea desabrido. Mira también la caridad y obediencia de los Apóstoles; porque, en pidiéndoles el Señor los panes, se los dieron, sin replicar ni decir que los habían menester para su comida, gustando de quitárselo de la boca para dárselo á los necesitados que allí estaban. ¡Oh si tú supieras, como ellos, juntar obediencia y caridad en bien de los pobres, compadeciéndote de ellos, y gustando de perder tus comodidades por remediar sus miserias! Sin duda no las perderías, antes las remediarías mejor, como aquí sucedió á los Apóstoles. Por esta causa, aunque Cristo nuestro Señor pudiera remediar esta necesidad por otros muchos medios milagrosos, quiso aprovecharse del pan

¹ Matth., xiv, 17.

que tenían los Apóstoles, y pedirselo, para probar si su caridad era verdadera, y para que ellos tuviesen parte en la buena obra; y para enseñarte que, si no puedes remediar toda la necesidad del pobre, es bien que remedies parte de ella, y Dios con su generosidad remediará lo que tú no pudieres, cumpliendo lo que dijo Tobías á su hijo ¹: «Del modo que pudieres sé misericordioso; y si tuvieres poco, da poco de buena gana». ¡Oh dulce Jesús, que al pueblo ingrato sustentasteis en el desierto con pan del cielo, y á Vos y á vuestros queridos discípulos sustentasteis con pan de cebada! Concededme que, á imitación vuestra, sea riguroso y áspero conmigo, y caritativo y generoso con mi prójimo, no esperando de él la recompensa, sino de Vos, que reputáis por favor vuestro el bien que á él se hace. ¿Cómo no aprendemos la lección de pobreza que nos da Jesús, y la de obediencia y caridad que nos dan los Apóstoles? ¿Qué debemos resolver en la práctica?

Punto 2.º *Orden y modo del milagro.*—Considera aquí lo que hizo Jesús por principio de este convite. Primeramente mandó á los Apóstoles que hicieran sentar á la gente sobre el heno, en grupos de cien y de cincuenta; ya para que se supiese el número total de los socorridos, que fué de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños; ya también para que hubiese orden y concierto en la comida. Luego tomó Cristo nuestro Señor el pan en sus manos, y levantó los ojos al cielo, dando á entender que del cielo viene toda dádiva ²; dió gracias á Dios, así por el manjar que tenía presente, como por el que pretendía dar milagrosamente, enseñándonos á ser agradecidos por cualquier don, aunque sea pequeño; porque basta darlo Dios para que se estime, cuanto más dándolo á quien nada debe ni se lo merece. Después bendijo el pan con algunas palabras de oración, con las cuales le imprimió virtud de multiplicarse y de mejorarse; porque la bendición de Cristo no es como la nuestra, que sólo pide ó desea, sino es eficaz para hacer lo que dice; y echada la bendición, partió el pan, y le dió á los Apóstoles, para que ellos lo diesen á las turbas. Pondera en todo este importantísimo hecho la lección que Jesús te da, enseñándote el modo de comer cristianamente. Porque primeramente importa guardar orden, ocupando cada cual su lugar respectivo, sin competencias, escogiendo más bien el postrer lugar ³. Luego se han de levantar al cielo los ojos del alma, pensando que Dios está presente, á fin de enfrenar la gula y la lengua, guardando templanza y modestia. En tercer lugar, es preciso comer con ánimo agradecido, como quien come de limosna, dada graciosamente por la benéfica mano de Dios, de quien pobres y ricos reciben el pan que comen. Finalmente: debe preceder la bendición con oración devota, para que de tal modo coma el cuerpo, que no sea comido el espíritu. ¿Guardas tú en

¹ Tob., iv, 8. — ² Jacob., i, 17. — ³ Luc., xiv, 10.

tus comidas estas excelentes reglas que te enseña prácticamente Jesús? ¡Oh Maestro soberano, que, no sólo nos enseñáis de palabra, sino también con vuestras obras, porque en todas vuestras acciones tácitamente nos indicáis lo que nosotros debemos hacer! Concededme que sea yo discípulo aprovechado, y que aprenda esta lección que me dais, guardando en mis comidas las circunstancias que Vos guardáis.

Punto 3.º *Grandeza del milagro de la multiplicación de los panes.*—En este punto has de considerar la grandeza de este soberano milagro, porque milagrosamente se iba el pan multiplicando en las manos de Cristo nuestro Señor, y en las de los Apóstoles, y en las de los mismos que comían. De modo que, aunque recibiesen poco pan, y aunque comían de él, no se consumía, sino multiplicábase, hasta que todos quedaron hartos y muy contentos, porque el pan era muy sabroso, como pan de Dios, dado por tal mano. En lo cual has de ponderar la omnipotencia del Salvador, que tan fácilmente pudo convertir cinco panes en millares de ellos, y panes desabridos en panes sabrosos, y del mismo modo los peces, y con esto aliéntate á servir á un Señor tan poderoso, y á poner en Él toda tu confianza, porque donde está Él no falta la abundancia, ni hay que temer el desierto. ¡Dichosos los que confían en el Señor, y arrojan en él todos sus cuidados, porque Él los alimentará, y no les dejará vivir en la fluctuación é inquietud! Contempla la providencia paternal de este gran Dios en dar de comer á los que le sirven con mano tan larga y medios tan milagrosos cuando faltan los humanos, con tal que no falte la confianza en ella, recordando que dijo ¹: «No seáis demasiado solícitos por la comida, bebida y vestidos, porque esto es propio de gentiles, y vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todo esto. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». Así se vió en esta gente que vino en busca de Cristo por oír la doctrina del reino de Dios; y después de hablarles largamente, como dice san Lucas, les dió el manjar corporal copiosamente para ellos y para sus hijos. ¡Oh Padre amantísimo! Gracias os doy por esta paternal providencia que tenéis de los que os sirven y esperan en Vos. Concededme, Señor, que tenga mucho cuidado de serviros como hijo, pues tenéis cuidado de darme todo lo necesario como Padre. ¿Confiamos sin temores en el Señor? ¿Le servimos fielmente? ¿Buscamos, ante todo y sobre todo, el reino de Dios?

Epílogo y coloquios. ¡Qué pobreza tan grande la de Jesucristo y de sus Apóstoles! ¡Cómo se olvidan del cuidado y regalo de sus cuerpos! Cinco panes y dos peces era todo el alimento de que disponían en un desierto para trece personas, sin contar otras que se juntarían á comer con ellos. Sin embargo,

¹ Matth., vi, 31.

aun de ellos quiere Jesús que se desprendan los Apóstoles, y se los pide para alimentar á la gente. ¿No replicarán los discípulos del Señor? ¿No dirán que tienen necesidad de ellos? Nada de esto. Con la más admirable obediencia y caridad los ceden voluntariamente, quitándose el bocado de la boca para con él alimentar á sus hermanos, contentos con poder contribuir de algún modo al alivio de aquella necesidad. Mira á Jesucristo cómo, después de ordenada la gente, toma en sus manos el pan, levanta al cielo sus ojos, dando gracias á su Padre, bendice el pan, y lo distribuye á sus Apóstoles para que éstos lo repartan á las turbas. ¡Cuán bien te enseña Jesús el modo de portarte en las comidas! En las acciones que en este caso Él ejecuta, puedes ver lo que debes hacer en tus comidas, para comer, no como irracional, sino como cristiano. Pero, ¡qué milagro tan portentoso se está obrando en el pan! ¡Cuán poderosa ha sido la bendición de Jesús! El pan se multiplica, crece maravillosamente en las manos de Cristo y de todos. El Señor va partiendo, y nunca se acaba el pan que parte; los Apóstoles distribuyen, y nunca agotan lo que reparten; la gente come, y no se acaba el pan hasta que quedan satisfechos. ¡Oh omnipotencia de Dios! ¡Oh misericordia infinita de Jesús! ¡Oh bondad inefable del Señor! ¿No te moverá todo esto á practicar la pobreza, obediencia y caridad? ¿No te inducirá á imitar á Jesús en las comidas y á confiar en su poder? Medítalo con mucho cuidado; mira las cosas en que te apartas de los ejemplos de Jesús; forma eficaces propósitos, y con fervor, confianza y humildad, pide por ti y por todo el mundo.

76.—HARTURA Y GRATITUD DE LAS TURBAS.

PRELUDIO 1.º Estando ya satisfechas las turbas, mandó Cristo recoger los fragmentos sobrantes, y la gente, agradecida, quiso alzarle por Rey.

PRELUDIO 2.º Representate esto mismo como si lo presenciaras.

PRELUDIO 3.º Pide agradecimiento á los favores de Jesús.

Punto 1.º Hartura completa de las turbas en esta ocasión.—Considera la providencia tan particular y admirable que resplandece en el modo cómo se verificó este milagro. Porque siendo los que comían muchos y de diversas edades y complejiones, mozos y viejos, fuertes y flacos, mujeres y niños, y dando á todos de un mismo pan la cantidad que querían los Apóstoles, ésta bastaba á todos, y los hartaba y dejaba contentos, cumpliéndose lo que está escrito del maná¹, que con la cantidad que cogía cada uno quedaba satisfecho, sin que faltase al que cogía poco, ni sobraba al que cogía mucho, aunque aquí sobró, para que se viese la magnificencia del Dador. En lo cual se representa la

¹ Exod., xvi, 18; II Cor., viii, 15.

suavidad de la divina Providencia, la cual da á cada uno de los justos lo que quiere, á unos más y á otros menos; pero á todos harta y satisface, dando tanto contento á un justo con lo poco como á otro con lo mucho. Pero mucho más se representa en este hecho la grandeza del Santísimo Sacramento del altar, el cual, con ser un mismo pan del cielo, aunque se reparte por manos de los sacerdotes entre millares de hombres, nunca se menoscaba; y aunque una hostia se divida en muchas partes, tanto tiene dentro de sí cada parte como tenía la hostia entera, porque en toda y en cada parte está todo Cristo; y así, tanto recibe quien recibe la parte pequeña como quien la recibe muy grande, y tanta hartura puede dar aquélla como ésta; y, finalmente, á todos harta y satisface, dando á cada uno la ración de gracia que su necesidad y disposición piden. ¿Comprendemos y agradecemos la providencia que de nosotros tiene Dios? ¿Nos conformamos con sus disposiciones y con los bienes que nos concede? ¡Oh Dios omnipotente! ¡Cuán maravillosas son vuestras obras! ¡Cuán rica vuestra Providencia! ¡Cuán larga, cuán amorosa y cuán suave! Todos los ángeles os alaben por ella; gocen de ella con agradecimiento todos los hombres, y mi ánima se derrita en vuestro amor con todas sus potencias, empleándolas en servirlos, pues así os empleáis en regalarme.

Punto 2.º Celo de Jesús en mandar recoger los fragmentos de pan sobrantes.—Después que toda la gente hubo comido y quedó completamente satisfecha, Cristo nuestro Señor mandó á los Apóstoles que recogiesen todo el pan que había sobrado, y recogieron doce canastas llenas. En lo cual has de ponderar, primeramente, el cuidado que debes tener de todas las cosas que el Señor te concede, no dejando perecer cosa alguna por tu culpa; porque la virtud de la pobreza, no sólo se opone á la ambición y avaricia en buscar y retener los bienes que no se tienen, ó irracionalmente se quieren conservar, sino también á la prodigalidad, dejando que se malogren y pierdan los bienes que el Señor te ha concedido. También en esto te muestra Jesucristo su generosidad infinita en premiar la voluntad con que los Apóstoles le ofrecieron los cinco panes de cebada, volviéndoles por ellos doce canastas llenas de muy buen pan; y como ellos eran doce, así quiso que las canastas fuesen doce, como quien daba una á cada uno, por lo que cada uno había ofrecido. Así como á la viuda que dió generosamente un poco de harina al profeta Elías¹, se la multiplicó para muchos días. Por donde puedes ver cómo premia Dios á los limosneros y á todos los que le ofrecen algo por servirle, volviéndoles mucho más de lo que dan; porque dar á Dios no es perder, sino ganar, y, como dice el Sabio², es dar á interés, pues vuelve el ciento por uno. Saca también de este hecho cuánto dará

¹ III Reg., xvii, 16. — ² Prov., xix, 17.

Dios en la otra vida, pues tanto da en esta. Dará sin duda, como Él dijo ¹, una medida buena, llena, apretada, colmada, y que sobre y exceda inmensamente á lo que por Él se hace. ¡Oh Dios inmenso! ¿Con qué os pagaremos lo mucho que por nosotros hacéis? Deseo daros una medida de todas partes buena, llena de santas obras, apretada con estrechas penitencias, colmada con fervorosos afectos, y que sobre, cumpliendo más de lo que mandáis, con hacer también lo que me aconsejáis; y pues por vuestra gracia me habéis dado tal deseo, dadme también fuerzas para cumplirlo. ¡Oh alma mía! Reflexiona bien cuán generoso es Dios contigo. ¿Qué debes hacer tú por Él? ¿Procurarás conservar y aprovecharte de lo que graciosamente te ha dado?

Punto 3.º *Pretensión de las turbas en alzar por rey á Jesús.*—Aquí has de considerar la alegría y admiración de la gente que se había alimentado con el pan milagrosamente multiplicado, porque fué tan grande, que se determinaron en sus corazones de alzar á Cristo por rey, teniéndose por dichosos en servir á tan poderoso y espléndido Señor. En lo cual te enseñan el agradecimiento que debes tener á Jesús por los muchos beneficios que te ha hecho, escogiéndole por Rey, y deseando que reine en tu corazón, y que ejerza un completo dominio sobre todas tus potencias y sentidos, de modo que ninguna de ellas se levante jamás contra este Rey ², sino que voluntariamente, y con gozo, se sometan á su imperio. Has de desear que reine sobre tu entendimiento, memoria y voluntad, sobre tus apetitos y pasiones, sobre tus sentidos y afecciones; y si alguna vez se levanta alguna que diga ³: «No quiero que reine Jesús sobre mí», has de someterla y dominarla, hasta lograr, si es necesario, su exterminio. Pondera lo que hizo Jesús cuando conoció de lo que trataban las turbas; al momento desapareció de sus ojos y huyó á lo más escondido del desierto, atajando la determinación de estos hombres, porque no quería honras ni dignidades temporales, para enseñarte con su ejemplo que no busques por tus buenas obras premio temporal de los hombres, ni apetezcas dignidades; antes, cuanto es de tu parte, las huyas, y huyas también las ocasiones de ellas. ¡Oh Rey eterno, que así aborrecisteis el reinado temporal, porque vuestro reino no era de este mundo ni os había de venir por elección de los hombres! Dadme gracia para que yo también pise las grandezas temporales, contentándome con las eternas. ¡Oh alma fiel! Escoge á Jesús por Rey, sometiéndote incondicionalmente á su imperio, é imita su proceder. ¿Quién es tu Rey? ¿Quién te domina? ¿Te arrastra la ambición ú otro afecto desordenado?

Epílogo y coloquios. ¡Dichosas turbas, que presenciaron y participaron del pan milagroso que les dió el Señor! ¡Bien les

¹ Luc., vi, 38. — ² Psalm. ii, 2. — ³ Luc., xix, 14.

pagó Jesús el sacrificio que habían hecho, siguiéndole hasta el desierto! Ciertamente no estarían arrepentidas de haber abandonado sus casas y cuanto tenían para no abandonar á Jesucristo. Padecieron hambre por un momento; mas después quedaron satisfechas con la comida de un pan milagroso, figura expresiva de otro pan soberano que todos tenemos la dicha de poder comer. Tal es el pan eucarístico. ¡Oh! Si tú sabes comerle con las disposiciones debidas, llenará tu corazón de consuelo, tu alma de alegría, tu entendimiento de luz y tu voluntad del fuego divino. ¡Con qué abundancia y generosidad premia el Señor los servicios que se le prestan! Cinco panes le han dado los Apóstoles, y después de comer todo cuanto han necesitado, tanto ellos como los demás discípulos, recogen doce canastas de excelente pan. ¿Qué hará Dios en el día del juicio, cuando con infinita misericordia y de un modo espléndido, como es propio de su Majestad, premie y recompense todos los trabajos, dolores, padecimientos, privaciones y persecuciones que se hayan tolerado y llevado á cabo por su amor? ¡Oh alma! Aliéntate, recordando este premio y mirando en lontananza esta felicidad. Pero entretanto, trata de que Jesús sea tu Rey, que reine Él en ti con absoluto dominio, que sea Él el dueño de todos tus pensamientos, palabras y obras. ¿No te arguye y acusa la conciencia de haber menospreciado alguna vez la autoridad y dominio de Jesús? ¿No has quebrantado su yugo y arrojado de ti su carga? ¿Has correspondido con vivo amor y fiel servicio á la infinita bondad y generosidad de este Rey? ¿Cuándo y en qué cosas has de mostrarle tu sumisión y rendimiento? Piénsalo, renueva tus propósitos, aviva tu fervor y confianza, y con ella ruega por ti y por todas las demás cosas que acostumbras ó tienes obligación de hacerlo.

77.—JESÚS SOSIEGA UNA TEMPESTAD.

PRELUDIO 1.º Navegando el Señor con sus discípulos, durmióse; y como se levantase una tempestad en el mar, acudieron á despertarle, y la calmó con su mandato.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús mandando á los vientos que cesen.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de saber acudir á Jesús en tus apuros.

Punto 1.º *Durmióse Jesús, y se levantó una borrasca.*—Hallándose Jesús cansado de predicar, entró en un navío con sus Apóstoles, y mandó que navegasen; Él, entretanto, echóse á dormir en la popa ¹; y al mismo punto se levantó una furiosa tempestad. En este sueño del Señor debes examinar las circunstancias que concurren, las cuales debes imitar en tu descanso. Fué después de grande trabajo y cansancio; tomado de paso, y así no se fué á dormir al fondo del navío como Jonás, sino en la popa; y

¹ Matth., viii, 24; Marc., iv, 38.